

## **Latinoamérica, un cuento sobre datos ciertos**

María Gabriela Mizraje  
Universidad de Buenos Aires

Los estudios hispánicos abordados desde la lingüística, la crítica literaria, la crítica cultural, los estudios culturales en su conjunto, necesariamente no pueden encararse de igual manera en y desde Latinoamérica que desde Estados Unidos o desde Europa. Para situarnos, en esta ocasión, voy a centrarme no en las representaciones dentro de la Península Ibérica sino en las expresiones encarnadas de manera diversa dentro del mapa de América Latina.

Ya de por sí, mirado desde aquí –desde Latinoamérica, y en mi caso específico, desde Buenos Aires–, hablar de literatura latinoamericana entraña, por lo menos, cierto nivel de equívoco. Que los alumnos de grado de la carrera de Letras en una Universidad estatal, por ejemplo, tengan como materia Literatura Latinoamericana por un lado y, por otro, Literatura Norteamericana –que es, claro, estadounidense y no suele llegar

ni a Canadá— da cuentas, desde ya, de una geopolítica de la lengua, de un modo de distribución de los bienes simbólicos y de una necesidad de la departamentalización académica (o sus equivalentes). Así —punto curiosamente asentado y nunca discutido con seriedad— una literatura o poco más que una (la norteamericana) adquiere el mismo estatuto que muchas literaturas subsumidas en una aglomeración (literatura latinoamericana), un plural no resultante de un espíritu con vestigios bolivarianos sino de factores de otra índole, entre los que no faltan la inercia y los variados réditos cautivos.

Aquel hecho ejemplificador atestigua no sólo esa geopolítica sino sobre todo un desconocimiento profundo de la diversidad dentro de un paradigma de la similitud o la “hermandad” donde vienen a jugarse recursos identitarios y un modo paradójico de pensar lo propio como ajeno, y en ocasiones más aún: de ignorar qué es lo propio. Resulta innegable que las fuerzas expresivas, y especialmente discursivas, de cada uno de los países latinoamericanos adquieren un colorido distintivo. Es cierto que algún perímetro hay que establecer y también que toda delimitación va a resultar fatalmente aleatoria. Ciertamente es igualmente que no puede apostarse, en un curriculum de formación, al regionalismo con cada una de sus fidelidades en parcelas. Con tal criterio, por ejemplo, ni siquiera podría hablarse de literatura argentina, porque entre el Noroeste (NOA) recorrido por Juana Manuela Gorriti en el siglo XIX o por Héctor Tizón en el siglo XX y la Patagonia celebrada por el bonaerense inglés Guillermo E. Hudson, por tomar un caso testigo de contraste, los rasgos identitarios y los estilos son claramente diferenciables.

No incurriendo en tal absurdo extremado y reduccionista ni en una tentación postmoderna que, a partir de la fragmentación, construya un universo aún más portátil que provisorio, más de excursión distractiva que de inmersión comprensiva, sin embargo cabe preguntarse si el eje de relevancia no debería tender a ofrecer visualizaciones más específicas (y por lo tanto, más profundas) que las comúnmente vigentes, desarticulando, al menos en parte, el conglomerado conocido bajo el rótulo de literatura latinoamericana, no para destruirlo sino, por el contrario, para enriquecerlo. (Hay que señalar que existen ciertos recursos aislados y muy minoritarios, como el de los estudios de la literatura del Cono Sur o de la literatura caribeña.)

Sin caer en el agujero negro de un mapa astillado por no poder definir ninguna frontera un poco más abarcadora, tampoco podemos

pensar lo latinoamericano y las peculiaridades de su expresión como un espacio casi unívoco donde se den cita los espejitos de colores, la milicia selvática, los tigres de Jorge Luis Borges, los zapatos con tacones para el tango, la acuática venganza de Moctezuma, el realismo mágico, Gabo, Marcos, Rigoberta, y toda una colección de nombres propios que por exceso de iconicidad no requieren ni la aclaración del apellido, como Fidel. Hay que sumar las morales de Evo y las actuales pasteras en Uruguay en vistas a un futuro papel promisorio, y estamos más o menos hechos.

Todo jibarizado y apelmazado, como en la famosa ópera *Evita* del británico Tim Rice, en la cual a Argentina no puede quedarle cabalmente otro destino que llorar, si sabe leerse y mirarse en ese espejo quebrado de su historia y sus sentidos. Allí la complejidad de su devenir ha sido aplastada por la contigüidad entre el Che con traje de guerrilla y las porteñas y bonaerenses vestidas de españolitas junto a un General Perón que es casi un rufián, una Eva con ambición pueril e insinuaciones de prostituta y otra vez el Comandante Guevara intentando llevar el hilo conductor del musical con una sonrisa que no es precisamente promisoria, mientras Agustín Magaldi, guitarra en mano, a fin de sostener el tablero inclinado de lo autóctono, soporta sobre su cabeza el gran sombrero mexicano para cantar algunos tangos como si fueran coplas o boleros (en estas imágenes se mezclan el texto que leí y la puesta en escena que alguna vez vi, a fines de los años 90 o comienzos de esta década, en Philadelphia). ¿Asistimos a la exitosa opereta latinoamericana? Lo que fulgura, en lugar de fusión, es confusión, para garantizar la difusión. Y en verdad para ello tanto el teatro como el cine cumplieron su propósito.

No es políticamente responsable ni culturalmente recomendable aplanar las legítimas expresiones de los sujetos sociales de tales modos irrisorios, que multiplican el desconocimiento del otro, despertando opiniones vanas y desacertadas en los públicos a los que supuestamente pretenden, además de entretener, *ilustrar*. Y en ello, presumo que no será muy difícil que estemos de acuerdo muchos críticos, profesores o intelectuales de unos y otros lados. La línea principal, con su patetismo vibrante, ese estribillo que todos recordamos, se nos retuerce como una mueca grotesca. ¡Sí, llora por ti, Argentina!, así interpretada y difundida en el gran equívoco de un continente que no es; un continente latinoamericano abordado desde afuera hasta la simplificación irresponsable y correlativamente la dominación fácil, y no desde adentro –

mediante sus juicios e incluso prejuicios–, a través de sus propios vínculos solidarios y de alguna que otra forma de salvación posible (todavía).

Llora por ti, Latinoamérica, servida a las fabulaciones –como ya denunciaba Domingo F. Sarmiento en la introducción a *Facundo* (1845), a propósito de nuestros próceres, focalizando a los generales Simón Bolívar y José de San Martín. “La manera de tratar la historia de Bolívar de los escritores europeos y americanos” explica Sarmiento que no conviene al personaje, pues no es apta. Y continúa: “El drama de Bolívar se compone, pues, de otros elementos de los que hasta hoy conocemos; es preciso poner antes las declaraciones y los trajes americanos, para mostrar enseguida el personaje. Bolívar es todavía un cuento forjado sobre datos ciertos; a Bolívar, al verdadero Bolívar, no lo conoce aún el mundo; y es muy probable que cuando lo traduzcan a su idioma natal aparezca más sorprendente y más grande aún”. Esta denuncia era ya entonces una convocatoria a la revisión. Y de la misma creo que sería útil adaptar y actualizar algunos conceptos. En primer orden, el relativo a la traducción al idioma natal. Quizá sea éste uno de los grandes desafíos del presente. Pues, toda glosa, todo aparato explicativo debe silenciarse por un momento, toda crítica textual y no textual detenerse si el idioma natal reapropiado, retraducido, vuelve a ganar el escenario y dice por sí mismo aquello que había quedado soterrado por capas de sostenida –e incluso sapiente– interpretación en esa misma lengua o en la foránea. Allí donde la propia lengua habla, algo fatal, feliz e inevitablemente queda sin ser dicho, sin ser aprendido, sin resultar enseñable. Todo profesor, aun aquel que repita mecánicamente sus rutinas, lo sabe. Y estos vaivenes –con sus curvas hermenéuticas y hasta con sus luces, sus desaciertos y sus enconos; con sus raptos de oralidad vital y los jugos de sus escrituras más nutritivas o sabrosas– no pueden sino reflejarse en los ejercicios de apropiación y enseñanza, en este caso, del español y de los universos literarios y culturales que el idioma conlleva.

El mismo preceptor de Bolívar, el brillante Simón Rodríguez, reflexionaba en estos términos: “¿Dónde iremos a buscar modelos? La América española es original. Originales han de ser sus instituciones y gobierno. Y originales los medios de fundar otras. O inventamos o erramos”. Lo mismo debería valer para sus sistemas de interpretación y de educación. Hasta el presente. En forma análoga, el socialismo que un siglo después osaría propiciar el peruano J. Carlos Mariátegui definía su voluntad latinoamericana por fuera de todo “calco y copia”. “Debe ser –

proponía— creación heroica. Tenemos que dar vida, con nuestra propia realidad, en nuestro propio lenguaje, al socialismo indoamericano. He aquí una misión digna de una generación nueva”. Tales eran los términos del pensamiento político de Mariátegui.

Si la literatura expresa, refleja o analiza, promueve y propone formas vívidas, resulta irrefutable que el abordaje crítico debe estar alerta frente a esas fluencias no sólo textuales sino extratextuales y contextuales. En ese horizonte, tienen mucho para decirnos las diferencias de las posiciones graduadas por la cercanía o la lejanía; por un lado la inmersión natural (siempre en perpetuo estado de emergencia) o, por otro, la inversión cultural de quien racionaliza o evalúa sin el transcurrir cotidiano en las condiciones reales de quien permanece en el suelo natal (o de adopción) de cualquier país latinoamericano.

Las observaciones sobre el concepto y el uso del tiempo en Latinoamérica (o Nuestramérica —término que algunos teóricos locales ya prefieren) marcaron parte de las ciencias contemporáneas, desde la antropología hasta la economía, y generaron enormes paradigmas de diferenciación respecto de otras concepciones y prácticas del mismo, que es preciso revisar en la actualidad. Paralelamente, tendríamos que seguir analizando los alcances de penetración teórica y de aplicación metodológica de acuerdo a las distancias existentes entre el sujeto que estudia y el objeto estudiado (que a menudo es el propio sujeto latinoamericano). Porque reparar en esta distancia es mucho más que recordar una cifra en millas o corroborar una semejanza de costumbres; es replantearse, volviendo sobre el propio objeto y los propios métodos de abordaje, las condiciones de producción de esos saberes, es decir las formas en que pueden sostenerse y sustentarse —desde lo cotidiano y los marcos institucionales. Y este hecho tan simple como irrefutable es lo que suele quedar hundido, aplastado a cada paso. Con olvidos que en ocasiones parecen deliberados y en otras parecen inconscientes, con un afán de analogar que se desmiente empíricamente al primer enunciado.

Es bueno no omitir asimismo que las paradojas del extrañamiento hacen del esfuerzo de observación un ejercicio a menudo más sustancial que el de la naturalidad con la que se atraviesan y se piensan ciertos fenómenos desde sus lugares de origen. No resignarse a lo conocido a la hora de las reflexiones implica haber sometido los sentimientos personales al desafío de la lógica para luego volver a integrarlos en una perspectiva distinta. Por ello este planteo no tiende a reducir la riqueza de ciertos

enfoques que vienen de afuera (sería infantil y autocastrador) pero sí desearía alertar acerca de ciertos mecanismos de apropiación, de divulgación y hasta podríamos decir de escucha.

Damos por entendido que la gestación de una crítica siempre avizora, que haga del asombro y el distanciamiento los acicates para sus racionalizaciones, es exigencia de los intelectuales de cualquier latitud y disciplina. De ahí que nadie que quiera trabajar en serio podrá ignorar los aportes, a menudo enormemente lúcidos y generosos, de los colegas nacidos o residentes en el exterior. Esas dinámicas de apertura deberían, lejos de toda impostura, no rendir tributo a lo rígido pero sí celebrar lo riguroso de las diversas formaciones académicas. Lo sabemos: el énfasis en el regionalismo lleva el riesgo del aislamiento y el provincianismo (entendido como espíritu de encierro y ausencia de horizontes), incurre en ensimismamientos y autocomplacencias y, por lo tanto, en la incapacidad de innovar o superarse.

Latinoamérica es todavía un cuento forjado sobre datos ciertos. (Y lo es desde la “Conquista”.) Entre la imaginación y la empiria se construye la dimensión de toda política pero además se delinea con contornos específicos la imagen de los países dependientes. La épica y las entonaciones mesiánicas lo necesitan. Pero los ciudadanos más atentos de dichos países aspiran a poner la imaginación al servicio de la empiria y no la imaginación como venda en los ojos de lo real.

La agenda sólo resulta compartida en la medida en que nos leemos –parcialmente– los unos a los otros, pero registro que, a pesar de que académicamente no termina de advertirse o admitirse, la agenda está partida. El Trópico de Cáncer o termómetro crítico-literario existe y el mapa queda quebrado. Salvo excepciones, hasta cuando en apariencia hablamos de lo mismo, estamos hablando de cosas distintas. El resto parecen fórmulas y buenos modales aprendidos para cierta convivencia de los registros académicos porque es mutuamente enriquecedor que el diálogo continúe, pero además porque es institucionalmente funcional.

Reconocer tal partición resulta, sin duda, inconveniente; exige asumir las mutuas limitaciones. Pero hasta el hecho tangible de ciertas elecciones así lo demuestra: baste como muestra el éxito indudable que tuvo en la universidad norteamericana una autora como Isabel Allende mientras que aquí su ingreso a un programa de estudios resultaba práctica y consensuadamente resistido. Parece obvio que en este ejemplo radica un desafío: la obligación, para unos y otros, de revisar los toques y las fisuras

de sus recorridos de trabajo. En el Sur, rever cierto prejuicio que históricamente ha separado los “buenos” objetos culturales del mercado (problemática enraizada en nuestras latitudes, que tiene anclaje filosófico y estatura ideológica, y que se ha reavivado a propósito del llamado Nuevo Cine Argentino de los últimos años y de las películas paralelas del cine gestado en otros países de Latinoamérica); que un producto cultural sea independiente o se enlace con el circuito comercial penetrando incluso masivamente, es algo por lo general sospechoso aquí. Al Norte le exige, entre otras cosas, desafiar la apropiación de objetos de consumo fácil (cuántas veces oímos razones como éstas: “lo que a los alumnos les gusta” o “lo que nos piden”, “lo que se conoce”, “lo que se halla en las librerías”, “la tendencia”, “de lo que se habla” no en boca de vendedores sino en labios de no pocos profesores), reto que debería librarse en aras de autores y obras de una riqueza que aún no han valorado.

Mientras los debates se transnacionalizan, complementariamente no parecen ser tan débiles los conceptos acerca de los dominios simbólicos nacionales ni algunas preocupaciones teóricas locales que no saltan las aduanas. Sólo cierta ilusión en parte heredada de la tradición de la izquierda internacional y sobre ella la globalización heredera de las multinacionales relativizaron por algunos años el alcance de aquellos pesos que constituían casi entidades ontológicas del tenor del “ser nacional”. Las fronteras, los muros (de ladrillos o de palabras, de poderes y de superpoderes) conviven con la caudalosa experiencia de las migraciones incesantes. Pero, por encima de algunos cambios, la idea de lo nacional vuelve a replegarse sobre su propio destino incierto. Y en ese sentido, otra vez, cuando de estas latitudes se trata, las agendas divergen o, por lo menos, semejan escurrirse hoy ante los ojos de los latinoamericanistas del primer mundo algunas de estas matrices. Sólo señalaré que en vistas al símbolo aglutinante de los Bicentenarios inminentes de las sucesivas Independencias nacionales, el mapa cultural y los imaginarios pueden rediseñarse, priorizando la preservación de los respectivos patrimonios, sin dar por ello la espalda al mundo. Muy por el contrario, fortaleciendo la capacidad de ofrecer lo propio. Y ésa ya es una línea de trabajo vigente.

Por último, quisiera dejar en claro que, de la manera en que lo entendía Ludwig Wittgenstein, he optado por cierto lenguaje para esta presentación tratando de ser coherente con mis propias observaciones. Habría podido elegir uno más a tono con cierto formato canónico

norteamericano, sacrificar alguna metáfora aquí, renunciar a algún adjetivo allá, eludir cualquier indicio de neobarroco, encarar de otro modo la *dispositio*, suspender las oraciones parentéticas y apostar, en síntesis, a una retórica que reconoce y demuestra lo que sabe del deber ser académico e internacional. Pero se me solicitaron reflexiones y testimonios: espero que mi propio lenguaje sea testimonio de mis reflexiones y de mis puntos de partida (que es casi como decir, de mi partida de nacimiento).

Confío en que a través de las formas alternas de discursividad a su vez puedan advertirse las legítimas diferencias, porque el tipo de uso del lenguaje también es metodología. Y que allí –entre la amalgama del reconocimiento a la inteligencia y las buenas voluntades que pueden llegar del Norte, por un lado, y las razones de pensamiento alternativo, resistente, autogestionado e imprescindible que podemos, debemos y queremos seguir incubando desde el Sur, por otro–, en el contrapelo retórico de la no convención expresiva, sea dado leer también algo que interpela y resguarda, apuesta y no desdeña la esperanza.